

haber contado con un auditorio tan benévolo como paciente.

Para concluir, permítaseme exclamar con el Maestro Alfonso Reyes: "¡Oh x mía, minúscula en tí misma, pero inmensa en las direcciones cardinales que apuntas: tú fuiste un crucero del destino!"

Alfredo PERERA MENA.

México, Octubre 20 de 1954.

Palacio de Bellas Artes.

ALFONSO REYES

¿Por qué me había imaginado que Alfonso Reyes era adusto? Quizá porque nunca había conocido a un verdadero talento y estaba habituada a las pedanterías y rebuscamientos de aquellos escritores, de aquellos espíritus que, como dice Nietzsche: "enturbian sus aguas para hacerlas parecer profundas", y con lo cual, no sólo hacen sospechosa y opaca su palabra y su obra, sino que adquieren aires de buitres atufados.

¡Qué gran sorpresa cuando vi que aquel a quien tanto conocía, y amaba por las amables horas de compañía que me había dado con sus libros, era la gallardía, la llaneza, la sonrisa en persona. Yo no sé...! ¡Mentira!, yo sé lo que hay en él de embriaguez, de alegría, de entusiasmo, de juventud que abriga el ambiente en el que entra. Ya lo dijo Juan Ramón Jiménez: Doble, triple ser en instinto, sustancia gris, ansia y fomento de la existencia. Hombre trino y un Alfonso Reyes, superior en espíritu, cultura, conciencia, despejo, tolerancia. Una cabeza entera. ¿Desde dónde venía, así preparado de lo ajeno, de dónde le llegó lo diferente que él mismo le añadía, se incorporaba, se donaba? Bello caso del destino resuelto. Tres razas por lo menos, sumadas en cuenta final. ¿Cuánto? Su prosa, su verso lo dirán a quien no lo conozca de vista. Las siete personalidades, la oblicua, la redonda, la recta, la picuda, la cuadrada, la horizontal, la vertical. Caminos indígenas, españoles, mexicanos hacia lo total permanente. Y todos caminos por lo sumo, con entrega y con análisis, con profundidad y alegría; con decisión y con serenidad, sin perder nada, ni una coma, tránsito internacional y universal".

De estas siete personalidades, de esa insólita capacidad de penetración que hasta podría asustar o cohibir si no fuera por su cordial sonrisa, brota, precisamente, la radiante luz que derrama a su alrededor. Y esta luz, además, tiene el don de acariciar el espíritu: está amalgamada con la ya célebre sinceridad de Alfonso.

El, como verdadero genio, desconoce el recelo —no tiene tiempo para ocuparse de este vicio del envidioso— es enemigo mortal de la falsedad y pedantería, es sencillo, risueño, y, a veces, hasta candoroso. Toda belleza le entusiasma: la risa de un niño, la frase atinada de un limosnero, el garbo de una joven, la marcha de los soldados, el salto de un pájaro, y todo lo comenta con la naturalidad y espontaneidad de una criatura. Siempre tiene la franqueza, la respuesta, la gracia y hasta la confidencia a flor de labio.

¡Qué fortuna la mía de haber llegado a ser amiga de él, de haber podido acompañarlo por distintas regiones de la cultura! Alfonso me ha tomado la mano y, alegremente, me ha conducido a varios bosques del saber. De pronto, deslumbrada con la belleza, la espesura, y hasta umbrosidad de algunos paisajes, me he sentido turbada. Pero Alfonso, iluminando con su sabiduría, los rincones más oscuros, me ha alentado a seguirlo. ¿Qué mucho que yo haya acabado regocijada y animada a recorrer aquellos bosques al verlo andar y saltar entre los más embrollados matorrales con la ligereza de un venado, con la seguridad y destreza de un lince? Para él ningún bosque guarda secretos; si sus misterios no le son revelados espontáneamente, Alfonso con una sola mirada de sus vivos ojos, penetra y esclarece los más recónditos enigmas.

Sabe cuál bosque esconde más sorpresas y deleites, cuál contiene más árboles frutales, las flores que ha dado cada planta, por qué los lirios salvajes se desarrollan mejor aquí o allá, dónde se ocultan los rosales que dan las más bellas flores, por qué vereda se han de buscar los frutos que están maduros, qué savia alimenta a este o a aquel árbol, cuáles son las plantas dañinas, cuáles los gusanos que son de temer, qué río lleva agua fresca, y cuál otro la lleva nociva, rancia y corrompida, cuáles son los escollos y peñascos que hay que salvar, cómo debe el hombre henchirse de ardor y bríos para cruzar ciertas áridas y escarpadas pendientes, y en qué parajes hay que descansar la vista, contemplar el horizonte, escuchar las voces de las musas y ponerse a soñar.

Sí, Alfonso todo lo sabe, no ha dejado de pasear por ningún bosque, por muy intrincado que sea, y de analizar hasta su última piedrecilla. ¡Pero, no es ésto lo que nos entusiasma de él. Reconozcámoslo de una vez! Si Alfonso conmueve tan intensamente, es porque su saber está nutrido de sangre, calor y fuego, y, sobre todo, porque tanto en su charla como en su obra no sólo se admira y contempla la profundidad y extensión de los terrenos que ha recorrido, sino la belleza que fluye en cada línea, en cada palabra que suelta con ese su arranque de verdadero gran poeta.

Margos de VILLANUEVA.

Novedades.

México, 31 de Octubre de 1954.

Suplemento Dominical.